



dominicos

Mar
26
Abr
2016

Evangelio del día

Quinta Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Isidoro (26 de Abril)

“Alumbre así vuestra luz”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 2, 1-10

Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado.

También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Sabiduría, sí, hablamos entre los perfectos; pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo, condenados a perecer, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria.

Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido; pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria.

Sino, como está escrito:

«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman».

Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios.

Salmo de hoy

Sal 118, 99-100. 101-102. 103-104 R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.

Soy más sagaz que los ancianos,
porque cumplo tus mandatos. R.

Aparto mi pie de toda senda mala,
para guardar tu palabra;
no me aparto de tus mandamientos,
porque tú me has instruido. R.

¡Qué dulce al paladar tu promesa:
más que miel en la boca!
Considero tus mandatos,
y odio el camino de la mentira. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?

No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.

Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Ni el ojo vio, ni el oído oyó...”

La palabra de hoy nos presenta como primera lectura un texto de una carta de Pablo. En su primera parte, el apóstol, llamará la atención por las irregularidades que vive la comunidad (1,10-6,20) y en la segunda responderá a algunas consultas que le han realizado los corintios (7,1 15,18).

Nuestro texto se sitúa dentro de la primera parte en la que Pablo aborda la división dentro de la comunidad, debido a adhesiones personales a los distintos predicadores que han pasado por ella: Pedro, Apolo o él mismo (1,10 4,21). Pablo advierte que están viendo a los apóstoles con criterios humanos y no con la sabiduría de Dios. En Corinto había distintas escuelas filosóficas (aristotélicos, epicúreos, estoicos) y la comunidad cristiana está confundiendo el cristianismo con un grupo filosófico más, y a los apóstoles con los filósofos.

El objetivo de Pablo es mostrar que el Evangelio no es una sabiduría humana y que los predicadores no son como los sabios de la época. Para ello presenta su predicación en la comunidad. Él no fue con el prestigio de la palabra o de la sabiduría sino débil, tímido y tembloroso; su predicación no pretendió ser un discurso persuasivo como los de los sabios griegos, sino la manifestación y el poder del Espíritu para que su fe se apoyara en Dios y no en sabiduría humana. Pablo presenta una especie de manual del predicador así como el objetivo de su predicación. Asimismo muestra que la sabiduría de Dios es algo misterioso a la que no podemos acceder por nuestra propia reflexión o intuición, sino sólo si Dios nos lo quiere revelar. Él siempre nos sorprende; ni imaginamos "lo que Dios ha preparado para los que lo aman". A la luz del texto podemos preguntarnos: ¿Qué rasgos tiene tu predicación? ¿Cómo te abres a la sorpresa de Dios en tu vida?

"...para ponerla en el candelero".

El texto evangélico aparece en el contexto del sermón de la montaña. Mateo presenta la ética esencial del Reino. Los discípulos escuchan. Jesús los invita a ser alternativa, a ser diferentes de los escribas y fariseos (5,20; 6,5), y de los gentiles (6,7.32). Para ello utiliza dos símbolos: la sal y la luz.

La sal tiene una serie de propiedades que le lleva a realizar tres funciones: dar sabor, purificar, y liberar de la corrupción. Para realizarlas no tiene que hacer ningún esfuerzo, sólo ser ella misma. Por ello cuando pierde su identidad se tira, ya no sirve porque ya no realiza aquello que le es propio.

La luz ilumina, permite ver lo que tenemos alrededor. Con este símbolo, Jesús presenta dos absurdos: ¿quién pretende ocultar una ciudad que situada en el monte que se ve desde cualquier parte? o ¿quién enciende una luz para esconderla bajo un mueble y que no ilumine?

Jesús nos pide con ambos símbolos que seamos lo que somos, que manifestemos y contagiemos con alegría y entusiasmo lo que ya estamos viviendo. La vida con el Maestro y la experiencia del Reino ha de llevarnos a dar gratis lo que hemos recibido gratis. Por ello predicar el evangelio no es sólo transmitir una enseñanza, es hacer presente en la vida de las gentes, la fuerza humanizadora y salvadora que se encierra en el acontecimiento y la persona de Jesús.

Sus palabras nos interrogan: ¿Aportamos algo de sabor a la vida, algo que libere de la descomposición ética y espiritual del ser humano? ¿Somos personas capaces de sanear esta sociedad introduciendo en ella una honestidad que no se deja corromper por la ambición del dinero o del éxito fácil? ¿Somos los creyentes buena noticia para la vida de la gente?



Hna. Mariela Martínez Higuera O.P.
Congregación de Santo Domingo

San Isidoro

Obispo de Sevilla
Sevilla, 560 - Sevilla, 23-abril-636

El varón más docto de su tiempo. Hermano menor de San Leandro de Sevilla, a quien sucedería en la sede (600), Isidoro nació el año 560 en el seno de una familia romana de Cartagena (actualmente, en la Región de Murcia, España), ciudad entonces controlada por los bizantinos de Justiniano, que hubo de emigrar a Sevilla. Allí vio la luz y, con toda probabilidad, recibió la formación de su mismo hermano Leandro, a quien, junto con su hermana mayor Florentina, fue confiado por los padres, fallecidos cuando él era todavía un niño. Alcanzó en poco tiempo incomparable erudición y dominio completo de las tres lenguas entonces sagradas, a saber: el hebreo, el griego y el latín, así como de cuanta literatura, ya clásica, ya patristica, se había salvado hasta entonces. Isidoro es el último de cuatro hijos que llegaron a ser, andando el tiempo, o monjes o clérigos: su hermana Florentina fue monja de clausura, y sus hermanos Leandro y Fulgencio, obispos, respectivamente, de Sevilla y de Écija, en la Bética, la más romanizada de las provincias de España.

Una antigua y discutida tradición lo hace monje. Tal vez completase su formación en un monasterio, aunque sin llegar a ser monje, o quién sabe si a la sombra de su hermano Leandro en la escuela episcopal sevillana. Hay quien sostiene que, a los 30 años Isidoro habría asumido la dirección de aquel monasterio sevillano. Lo que de cierto sabemos es que, ya obispo, se entregó a un intenso trabajo pastoral dirigido al clero diocesano y, más tarde, gracias sin duda a la difusión que sus escritos alcanzaron, al de toda España. Hombre de Iglesia y a la vez de Estado, Isidoro de Sevilla disfrutó de un gobierno pastoral pacífico, y la estrecha relación con los reyes visigodos le permitió colaborar activamente con Sisebuto, Sisenando y Suintila en la estabilidad del reino.

Presidió el II Concilio de Sevilla (619) y fue asimismo presidente y animador del IV de Toledo (diciembre del año 633), básico en la renovación de la Iglesia hispana: sus actas son una suerte de carta ideal de la Iglesia visigoda y de sus relaciones con la monarquía. Dedicado al estudio y a la composición de numerosos escritos, amigo íntimo de San Braulio de Zaragoza, que siempre estuvo pronto a profesarle extraordinaria veneración, gozó de excelente salud mental hasta el fin de sus días. No así de la física, pues acabó casi paralítico. Isidoro de Sevilla, el más grande escritor de su tiempo, murió el 23 de abril del año 636, fecha tope de la patristica latina. Era entonces reconocido como el varón más docto del siglo, el restaurador de la vida eclesiástica de España, el organizador de más prestigio en todo el Occidente de su tiempo.

El VIII Concilio de Toledo (653) le rindió subidas alabanzas reconociendo públicamente su talla moral y cultural: egregio doctor de nuestro siglo, novísimo y doctísimo adorno de la Iglesia católica son, entre otras, algunas de esas perlas conciliares. El cristianismo lo venera como a Padre y Doctor de la Iglesia. Sus restos fueron trasladados el año 1063 a León, en cuya iglesia homónima recibe hoy culto. La Iglesia universal incluyó expresamente su nombre en la lista oficial de los padres doctores latinos el año 1722. Aún se conserva la inscripción rítmica del sepulcro común de Leandro, Florentina e Isidoro.

Pedro Langa O.S.A.